

incauta, se inclinaba cuando se trataba de Edimburgo, á dejarse llamar tacaño para que no pudiese siquiera llegar á sospechar su propia conciencia que en el asunto se mezclaba algo de corrupción.

Londres, 14 de Julio de 1841.

Mi querido Mr. Black: Estoy muy agradecido por aquello que usted dice acerca de la copa de la raza. Yo había ya escrito á Craig diciéndole que no debía consentir, y estoy muy alegre de que mi determinación haya merecido la aprobación de usted. En primer lugar no tengo idea clara de que el objeto sea bueno. Después veo evidentemente que dando dinero para tal objeto en relación con lo que se pide, cambio completamente el carácter de mis relaciones con Edimburgo. Ha sido bastante frecuente en las familias ricas tener un pretexto para dominar la corrompida villa costeando á sus expensas diversiones públicas. Unas veces era una partida de pelota, otras veces una regata. La familia Derby se valía de las carreras de Preston. Los representantes por Beverley, enviaban un toro para cebar á sus electores. Pero no son estas las condiciones en que quiero representar á Edimburgo. A cambio de la generosa confianza de usted le ofrezco servicios parlamentarios y nada más. Estoy deseando contribuir más bien más que menos para poder ahorrar á usted nuevas caridades inútiles. Pero aun esto yo no lo considero como materia de contrato. Ni puedo yo creer que el consejo de la ciudad crea propio llamarme á contribuir para un hospital ó para una escuela. Pero la petición que ahora se hace es tan discutible, que debo llanamente decir, que quiero to-

mar más bien el Cheltern Hundrees que cumplir sus deseos.

Yo sentiría esto si fuese un hombre rico. Pero no lo soy; tengo exclusivamente los medios de vivir confortablemente según mis principios, y todavía estoy dispuesto á ahorrar alguna cosa para el fin común de nuestro partido y algo para los apuros. Pero no tengo nada para alegrías superfluas que pueden considerarse sencillas. Si nuestros amigos necesitan un miembro que se halle en todas las diversiones públicas, pueden ocuparse de buscarlo sin pérdida de tiempo. Conozco más de veinte individuos que si ustedes le eligen para el parlamento querrán divertir á ustedes con carreras y partidos de pelota una vez al mes. Pero no me convenceré fácilmente sino viéndolo de que Edimburgo esté dispuesto á elegir sus representantes sobre tales principios.

Siempre verdaderamente suyo,

T. B. MACAULAY.

Estaba tan libre Macaulay de algunas faltas tan comunes en los literatos, que muchas de aquellas personas á quienes preguntaba acerca del empleo de su tiempo y sus trabajos, olvidaban que, después de todo, él era un verdadero literato. En los años de su juventud amaba el bullicio de las muchedumbres, consistiendo su mayor entretenimiento en la compañía de los extranjeros, pero conforme vinieron los años—como su espíritu perdió su vivacidad y su salud constituía su alegría y mayor cuidado—estaba cada vez más y más dispuesto á huir del público. Insaciable en el trabajo, miraba el más próximo, y todavía más el proyectado para más adelante con una exagerada in-



quietud, que era síntoma premonitorio de la enfermedad que le mató. Perpetuamente preocupado por su Historia (y no hay preocupación semejante á la que produce un trabajo que ha crecido siendo más querido á su autor que su vida misma), la fuerza que se requiere para hacer frente á los esfuerzos sociales y sufrir con paciencia las pequeñas é incesantes observaciones á que se vela ó creía verse expuesto, cuando visitaba la ciudad que representaba. «Si el pueblo de Edimburgo—escribía él á Mr. Napier—no fuese mi distrito, no habría lugar en la isla donde me gustase más pasar algunas semanas; pero esta circunstancia nos impone constantes destierros y reserva tan constante, que una vuelta por aquel lugar no es agradable ni prudente.» Y añade: «Espero estar en Edimburgo del 19 al 20. En una época del año tan muerta tengo la esperanza de que me sea posible escapar á discursos y reuniones, especialmente si consigo ir con sigilo sin dar la noticia á ninguno de nuestros caciques políticos. Es realmente muy duro que yo no pueda visitar nuestra ciudad como cualquier otro caballero y hombre de letras puede hacerlo. Mi intención es estar una noche, y me gustaría ir á Edimburgo el sábado 20 y volver el lunes. Deseo, sin embargo, escapar sin pasar un domingo en nuestra buena ciudad, porque á cualquier iglesia que yo vaya ofenderé á alguien.»

Cualquiera que fuese el origen y extensión de las cortas visitas de Macaulay como representante de Edimburgo, había allí hombres muy hábiles que ansiaban separarse de sus proyectos. Pero las injurias que él ha perdonado, me está vedado resucitarlas. Ninguna gota de tinta de su pluma se ha empleado en narrar las intrigas que precedieron y trajeron la catástrofe de 1847, catástrofe que fué á la vez resultado

de los celos que por largo tiempo habían estado muertos, y puente de las ambiciones que antes estuvieron satisfechas. Pero la justicia exige que se debe protestar acerca de un punto. Todavía viven allí personas que están muy convencidas de que se opusieron á Macaulay á causa de que no obró rectamente en la cuestión de la ley de granos; y esto á raíz de los acontecimientos en que desde el año 1843 en adelante él se mostró un decidido mantenedor de la resolución presentada anualmente por Mr. Carlos Villier, y que (como su carta á Mr. Macfarlan muestra) llegado el momento de recompensar á aquellos que intervinieron en la controversia acerca del librecambio, él resueltamente rehusó prestar su cooperación á formar ningún ministerio que no hiciese previa y franca promesa de la total á inmediata abolición de los derechos sobre los granos (1). Una señal de arrepentimiento como ésta—y no quiero entrar en la cuestión de si su conducta anterior había sido tal que exigiera arrepentimiento alguno—fué ineficaz para aclarar su conducta ante los ojos de sus electores, entonces que la autoridad de un elector sobre su representante era una especie de tiranía que ningún hombre honrado desearía ejercer, y ningún hombre de honor podía esperarse que aguantara.

Cuando fué disuelto el Parlamento en el verano de 1847, todos los diversos elementos de descontento político, eclesiástico y personal se alistaron bajo la bandera que había levantado Sir Culling Gardley en la reunión anterior, «que—dice lord Cockburn—contenía los hombres de la iglesia establecida y voluntarios salvajes, tories decididos y radicales declamato-

(1) Véanse las páginas 202 y 203 de este volumen.



ríos que no convenían en nada excepto en tener religión propia como la de la Escritura, y por tanto, como el único seguro criterio propio de los deberes públicos. Estos hombres habrían preferido Blackadler á Malborough como general de su ejército». «La lucha—dice Hugh Miller—excitando los intereses más profundos, y siendo un comienzo de los cristianos de todas las denominaciones para enviar al Parlamento un hombre de principios declaradamente cristianos, puede conducir á grandes resultados.» El sentido común del pueblo escocés rompió, desbarató este movimiento, y no dió más resultado que producir un ligero escándalo bajo el sagrado nombre de la religión, y dar á Macaulay todos los ocios que él necesitaba para terminar los dos primeros volúmenes de su Historia.

Los jefes de la agitación juzgaron necesario elegir un candidato más fuerte que Sir Culling Tardley, y recayó esta elección sobre Mr. Carlos Cowan, hijo de uno de los más respetados ciudadanos de Edimburgo, y él mismo hombre de gran carácter, aunque no muy versado en los negocios públicos. Los personajes que presentaron Mr. Cowan á los electores, se le recomendaban en la primer reunión pública por la razón expresa de que «hombres cristianos debían estar representados en el Parlamento por otro cristiano». Pero cuando el pueblo, inspirado por estos motivos, hubo comenzado á moverse, otros hombres, cuyos puntos de vista eran más temporales y mundanos, fueron detrás aprovechando este movimiento. Una comisión de comerciantes en alcoholes visitó á Macaulay para persuadirle de la conveniencia de disminuir los impuestos sobre artículos en que ellos trataban en el interés de su comercio. No llegaron á convencerle, y les dijo llanamente que no quería hacer nada por

ellos, y que más probablemente haría algo en su contra. La consecuencia inmediata de esta entrevista, tan poco satisfactoria, fué la aparición de un cuarto candidato en la persona de Mr. Blackburn, que fué pintado por los que le proponían como hombre «que procuraría la disminución del impuesto sobre el comercio, porque mostraba tener su corazón con el pueblo», ó por lo menos en aquella parte del pueblo cuya política consistía en rebajar los impuestos sobre el whisky.

La contienda fué corta, pero intensa. Durante diez días la ciudad estuvo cubierta de candidaturas, y los estrechos patios de High Street resonaban con la horrosa armonía de innumerables cantores de circunstancias. La oposición se dirigía en apariencia contra los dos candidatos de las oposiciones anteriores; pero desde el principio se hizo evidente que todos los improperios iban contra Macaulay, quien no obstante consiguió desbaratar parte de aquella ordalía. El cargo de tener demasiado de escritor de ensayos y poco de político, fué el peor que cualquier santo ó pecador podía encontrar que decir á Macaulay. El asunto de la mitad de los cantares que se oyeron durante la elección, fué que él había escrito canciones, y que un hombre que conoce tantas de la antigua Roma podía no ser quizá á propósito para representar la Atenas moderna. El 29 de Julio fué el día del nombramiento de mesa. Del espacio de enfrente al tablado en que se verificaba la elección, se habían apoderado los abogados del whisky barato. El profesor Aytoun, que se inclinaba hacia Mr. Blackburn, era aplaudido con gran entusiasmo, mientras que á Macaulay se le trataba con una brutalidad que da pena leer los detalles y que sería muy desagradable recor-



dar. La votación tuvo lugar al día siguiente. Un considerable número de tories, en lugar de ir á engrosar las filas de Blackburn ó dividir sus favores entre los dos primeros candidatos (que eran los dos whigs moderados y mantenedores del establecimiento), pensaban ponerse de acuerdo para dar sus segundos votos á Mr. Cowan, un voluntarista en materias de iglesia y el campeón aceptado por el partido radical. «Me quedé con Mr. Macaulay—decía Mr. Adam Black—en una sala de Merchants Hall, para tener noticia á cada instante del número de votantes en cada distrito. A las diez quedamos sorprendidos al saber que llevábamos en la votación 150 números menos que Cowan; pero todavía había esperanzas de que en la hora siguiente se cambiase la situación. Vino la hora inmediata, y se presentó el porvenir más obscuro aún. A las doce teníamos 350 votos menos que Cowan. Era ya evidente que se perdía la batalla; pero estuvimos una hora y otra bajo la tortura de una votación floja, hasta las cuatro, en que los votos estaban repartidos de este modo: Cowan, 2.063; Craig, 1.854; Macaulay, 1.477; Blackburn, 980.»

Edimburgo, 30 de Julio, 1847.

Queridísima Ana: Espero que no te apesadumbrará saber que no me ha molestado el mal éxito de la elección y que me encuentro tan alegre como siempre lo he estado en mi vida. He sido completamente derrotado. La votación no ha terminado, pero no hay probabilidades de recobrar el terreno perdido. Radicales, tories, disidentes, voluntarios, partidarios de la Iglesia libre, consumidores de alcohol que estaban irritados conmigo porque no me avine á prometerles

que trabajaría por la reducción de impuesto sobre el whisky, y gran número de personas envidiosas de mis principales sostenedores allí, se han puesto enfrente de mí; creo que Edimburgo ha concedido su protección á todo el que prometía echarme por tierra. No quiero tomar resoluciones ligeras, pero todo parece indicar que debo aprovechar esta oportunidad para retirarme de la vida pública.

Siempre suyo,

T. B. MACAULAY.

Edimburgo, 30 de Julio 1847.

Querido Ellis: He sido derrotado pero no he dejado de ser feliz por ello. Pienso que habiendo una vez sido manumitido, según la antigua costumbre, por una bofetada, no debo tomar de nuevo la esclavitud. Pero hay tiempo de considerar esta materia.

Siempre suyo,

T. B. MACAULAY.